

Un hermoso artículo de Jorge Burgos en «El Mundo» del pasado 21 de diciembre recordaba cómo había nacido la canción de Navidad más famosa del mundo: «Noche de paz». Poema que, como el Niño Dios, nació en un pobre pesebre porque esa humilde creación no encontró aposento en ninguna posada / registro oficial: el mundo ignoró durante casi medio siglo dónde nacieron texto y música, quiénes eran sus autores, y se emperó en derramar sobre esa canción de cuna todo tipo de leyendas y mentiras. Si con un insignificante poema pasan estas cosas, qué no pasará con procesos históricos más complejos. Como nuestro tránsito a la democracia, por ejemplo.

El primer sobresalto lo produce ya el título: en alemán «Stille Nacht», es decir, «Noche silenciosa». No noche de paz. Más sobresalto causa todavía la traducción española del primer verso: «Stille Nacht, heilige Nacht», «Noche silenciosa, noche santa». Poco que ver con ese empalagoso «Noche de paz, noche de amor». ¿De dónde viene ese almíbar? Del capricho o la ignorancia, de sueños o ideologías. Por comparación, los franceses tradujeron «Noche dulce, noche santa», los ingleses «Noche silenciosa, noche sagrada». Es decir, lo correcto. Con los autores y los compositores se consumaron también tergiversaciones increíbles: se fantaseó con que la música era de Mozart, luego con que era de Michael Haydn, hermano de Joseph Haydn, después se propagó que era una canción popular del Tirol. Sin serlo. La realidad fue bien distinta: el poema, formado por seis estrofas de las que suelen cantarse solo tres (la primera, la segunda y la sexta), lo compuso en 1816 Joseph Mohr, cura coadjutor de la parroquia austriaca de Oberndorf, afueras de Salzburgo, quien pidió a Franz X. Gruber, maestro de escuela y organista de la vecina Arnsdorf, le pudiese música al texto. Cosa que hizo. El «Stille Nacht» se cantó, por vez primera, el 24 de diciembre de 1818 en la iglesia de San Nicolás de Oberndorf. Mohr acompañó el poema con una guitarra e hizo la primera voz, mientras Gruber hacía la segunda. Esa guitarra originó otra fábula superresistente: la de que un ratón había estropeado el órgano de la iglesia y por eso tuvieron que acompañarse de una guitarra. Invención absoluta. Como muchas otras: por ejemplo, la fábula bávara de

El poema de la canción navideña más famosa del mundo es, en su pequeñez, un magnífico ejemplo que prueba lo inclinadas que están las sociedades a falsear la verdadera historia de las cosas

Noche de paz: realidad y fantasías

LUIS MEANA

que, si se canta el poema en fecha distinta al 24 de diciembre, muere alguien.

La irradiación del villancico está también repleta de peripecias. Su incomparable éxito llegó tras enrevesadas apariciones y desapariciones. El primer impulso lo dieron los hermanos Rainer, que lo cantaron en 1819 en la Misa de Gallo de Fügen, cerca de Innsbruck. Según leyenda muy ex-

tendida, esos hermanos cantaron el villancico ante el Kaiser Francisco I y el Zar Alejandro I en el Palacio de Fügen cuando estos emperadores iban camino del Congreso de Verona. Invención clamorosa. Lo real es que los hermanos Rainer viajaron por Alemania, Gran Bretaña y Rusia dando a conocer el villancico. El segundo impulso llegó gracias a otros hermanos, los Strasser, familia de vendedores ambulantes de guantes y ropa interior que para llamar la atención sobre sus productos cantaban «auténticas melodías del Tirol». En 1831 cuatro de esos hermanos cantaron el «Stille Nacht» en el mercado de Navidad de Leipzig. El organista de la ciudad oyó la canción y les pidió cantarla en la Misa de Gallo. En el invierno de 1832/33 los Strasser volvieron a Leipzig y cantaron en el viejo «Hôtel de Pologne», fuera de programa, la melodía. Con enorme éxito. En Berlín el coro de la catedral incluyó la canción en la Misa de Gallo, lo que la convirtió en la preferida del Rey Federico Guillermo IV de Prusia. A partir de ahí, el tema se volvió una riada impara-

ble. En 1914 la cantaron juntos en las trincheras, en la llamada paz navideña de la Gran Guerra, soldados alemanes y británicos. En 1934 la cantó Bing Crosby en su emisión radiofónica de Navidad. En 1941 la cantaron Roosevelt y Churchill con muchas otras personas en los jardines de la Casa Blanca.

Pero toda esa historia sorprendente no es nada comparada con las sorprendentes traducciones / tergiversaciones españolas del texto. Traducido con cierto rigor, el poema alemán dice así: «Noche silenciosa, noche santa / todo duerme, solo vela la entrañable y sagrada pareja / el cautivador niño de enortijados cabellos / ¡duerme con placidez celestial / duerme con placidez celestial!». Segunda estrofa: «Noche silenciosa, noche santa / el Hijo de Dios, ¡oh! cómo sonríe amor en tu boca divina / suena para nosotros la hora de la salvación / ¡Jesús en tu nacimiento, Jesús en tu nacimiento!». Sexta estrofa: «Noche silenciosa, noche santa / anunciada primero a los pastores con el Aleluya del Ángel / que se oye en la lejanía y la cercanía: / ¡Jesús el Salvador ya está aquí, Jesús el Salvador ya está aquí!».

Sin embargo, la letra española se entrega a todo tipo de caprichos. «Noche de paz, noche de amor, todo duerme en derredor, entre los astros que esparcen su luz viene anunciando al Niño Jesús. Brilla la estrella de paz, brilla la estrella de paz». Otra versión: «Noche de paz, noche de amor, todo duerme alrededor, todo el mundo celebra con fe a ese Niño nacido en Belén, con canciones del corazón, hoy ha nacido el amor». No se sabe muy bien de donde sale toda esa palabrería. El mensaje central del poema alemán es indiscutible: canta la llegada de la redención cristiana, del Redentor, mientras las versiones españolas cantan al amor.

Este poema, en su pequeñez, es un magnífico ejemplo que prueba lo inclinadas que están las sociedades a falsear la verdadera historia de las cosas. Las épocas parecen incapaces de reflejar verídicamente su propio pasado. Olvidan, ignoran o falsifican lo acontecido, autoproclamándose intérpretes únicas de las claves del pasado. Falsedad monumental. Que tergiversa lo realmente ocurrido, inoculando a la realidad ensoñaciones, ideologías, intereses o creencias. Ese impulso de tergiversación es verdaderamente una ley de hierro de personas, instituciones y países.

Franz X. Gruber, maestro de escuela y organista, autor de la música del poema de Joseph Mohr, cura coadjutor de la parroquia austriaca de Oberndorf, en las afueras de Salzburgo.

